

Por aprender distintos
Lúbricos laberintos
Siguen su pié los juegos.
Ora corre, ora salta,
Ora vuela, ora falta
El tiempo al que la mira,
Y de placer suspira.
Ya elegante y altiva
Derecha el aire hiende;
Ya jugando furtiva,
Cual agua fugitiva
Por el valle se extiende,
Y unas flores sorprende
Y otras flores esquivo.
El canastillo en tanto
Con la sencilla ofrenda
Era su dulce encanto,
Su acariciada prenda.
Y así, en gentil retozo,
Alzando en cada salto
El canastillo en alto,
Al céfiro, de gozo,
Parece le decía:
«No verás en el templo
Ofrenda cual la mía.»
Y que le respondía
El céfiro: «Contemplo,
Oh ninfa deliciosa,
Que en tí veré la diosa
Cuando entres en el templo.»

VII.

TRANSFORMACIONES DE VÉNUS (1).

Por mostrarse entre las diosas
Vénus siempre aventajada,
De mil suertes caprichosas
Varió las formas hermosas
Con que en Chipre es adorada.
Y para tomar consejo
En tan diversos primores
De beldad, gracia y despejo,
Pidió á una fuente su espejo,
Y al prado un marco de flores.
Dejando lo delicado,
En grandes formas descuelló;
Y el cielo aplaude admirado
Al verla en nuevo traslado
Tan colosal como bella.
Luego, en la forma donosa
Con que el amor la encariña
Cuando en sus brazos reposa,
Brindando besos de rosa,
Parece ser *Vénus niña*.
Ya la doble parte oculta
Que de la espalda declina,
Ya la que en el seno abulta;
Y así ¡cuán tierna! resulta,
¡Cuán virginal! *Vénus fina*.
Mas se ve pronto mudada,
Pues ostenta de repente
Cada forma tan marcada,
Que parece torneada
Por Amor, *Vénus turgente*.
Luego en la sin par figura
Con que á sus rivales priva
Del lauro de la hermosura,
Encanta con su dulzura,
Y es la *Vénus primitiva*.
Tras esto ostenta rigores
Con toda la turba amante,
Y aunque inspira mil ardores,
A uno solo da favores,
Y al fin es *Vénus constante*.

(1) Se hizo en Granada, clasificando el mérito diferente de las damas que componían una sociedad, y á las que cierto concurrente llamaba Vénus con varios epítetos, como *colosal*, *fina*, *primitiva*, *constante*, *hermosa*, etc.

Mas pronto se manifiesta
Tan caprichosa y tan vária,
Y á tantos votos se presta,
Que es mariposa en floresta,
Y en amor *Vénus voltaria*.

Finge despues que la inspira
Amor su llama invisible;
Con ojos lánguidos mira,
Con pecho ansioso suspira,
Y al cabo es *Vénus sensible*.
Y á nuestra vista se ofrece
Distraída y taciturna;
La luz del sol aborrece,
Sólo de noche aparece
Para ser *Vénus nocturna*.
Ya olvida el talle de diosa,
Y sólo el de ninfa imita;
Y de ser *Vénus airosa*
Pasa á ser *Vénus hermosa*,
Y luego *Vénus bonita*.

Ya entre dos hermanas bellas
La diosa, estando perpleja,
Sin saber cuál copie de ellas,
Forma un signo en dos estrellas,
Que llaman *Vénus pareja*.

Pero si en color trigueño
Baña el gracioso semblante,
Trasluciéndose en su ceño
Con lo esquivo lo halagüeño,
¡Ay qué *Vénus tan picante!*

Ya á las Gracias desafia
Con viveza juvenil;
Y ora baile, ú ora ria,
Toda es chiste y alegría,
Toda iman *Vénus gentil*.

También hace que en su mano
El crótalo se distinga,
Y moviendo por el llano
Pié fino y cuerpo gitano,
¡Quién no aplaude á *Vénus chinga!* (2).

Al fin linda y sin colores,
Desmayada se reclina
En lecho de mustias flores,
Y te lloran los amores,
¡*Gran Vénus!* ¡*Vénus divina!*

Mientras Vénus se desvela
Con tales transformaciones,
El dios Vulcano la cela,
Y á un alumno de su escuela
Llama, y dice estas razones:

«Ya que el ver te concedí
A Vénus transfigurada,
Corre luego al mundo, y di
Que el modelo se halla aquí,
Y las copias en Granada.
»Di también que en mil maneras
Es grata la juventud;
Mas sus gracias son quimeras
Sin llevar por compañeras
La modestia y la virtud.»

ANACREÓNTICAS.

I.

Brindando por las damas en un convite de Nochebuena, y por el buen éxito de nuestras armas en la América meridional, en el año de 1806.

Vengan bullendo copas,
Vayan volando versos,
Néctar vertiendo aquéllas,
Estos hirviendo en estro;
Nuestras radiantes frentes
Háganse reverberos

(2) La *chinga* es un ballecito americano, que desempeñaba con gracia la persona á quien se aplicó este epíteto.

ANACREÓNTICAS.

Lanzaban los gigantes
Hasta los altos cielos,
Salgan de las botellas
Con resonantes ecos
Los escupidos corchos
A combatir los techos;
Porque, néctar manando
Y estro feliz vertiendo,
Vengan acá esos vasos,
Vayan allá esos versos.

II.

A las primeras partidas de campo que se hicieron á Chiclana después del largo sitio de Cádiz, y acabados de destruir los campamentos franceses.

La primavera alegre
Llama con dulce risa
Al campo de Chiclana
Las gaditanas ninfas.
Tras los aciagos tiempos
En que la guerra impía
Las tuvo entre murallas
Medrosas y afligidas,
Vedlas correr ansiosas
Y ocupar á porfía
Las déleznales lanchas
Las ruidosas berlinas.
¡Cuál se unen y emparejan
En comparsas distintas,
Ya que amistad las junte,
Ya porque amor las guíe!
La alegre carga sienten
Las lanchas oprimidas,
Y remando y cantando
Se apartan de la orilla.
¡Oh cuán audaces otras
En leves carros brincan,
Y á los fogosos brutos
A la carrera aguijan!
¡Cuál por llegar se afanan,
Y con jocos grita
Al más ligero aplauden
Y al perezoso animan!
Bulle en placer Chiclana
Al verse acometida
Por mar y tierra á un tiempo
De tropas tan festivas.
Sus flores, sus guirnaldas
Y sus verdes colinas
Para sus danzas presta,
Para sus juegos brinda.
Todo es allí contento,
Todo descuido y trisca;
Donde tronaba Marte,
Ya solo amor suspira;
Pues que los sitios mismos
Ora al placer dedican,
Que ántes cubiertos vieron
De tiendas enemigas.
Donde asentada estuvo
La horrenda artillería
Que amenazaba á Cádiz
Con espantosa ruina,
Ahora se ordenan danzas
De enamoradas lindas,
Y hacen el són los himnos
Que la victoria dicta.
¡Ay! que así se suceden
En esta amarga vida
Venturas y desgracias,
Dolores y delicias.
A completar las nuestras
Parece ya se brinda
La risueña esperanza
Que hoy en los cielos brilla.
Y de la mano asido,
A nuestros brazos guía
Rescatado al Monarca
De su opresión prolija.
Palma de tantas lidcs,

Premio á tantas fatigas,
Nos lo entrega, clamando:
«Triunfaste, España invicta.»

III.

En los días del teniente general de la real armada don Juan Ruiz de Apodaca, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Su Majestad Católica en la corte de Londres.

Hoy es el día fausto
En que dió á España el cielo,
Con su sol más hermoso,
El más claro ornamento.

Argonauta atrevido
Surcára el mar inmenso,
Desde do duerme en calma
Hasta do espira en hielos.

Adalid de la patria,
El húmedo elemento
Vió coronar sus navas
Cien ganados trofeos;
Y cuando ya sus sienas
Ornan palmas sin cuento,
Por servirla aún más, cambia
En oliva el acero (1).

¡Le conocéis, oh hermanos,
Que de nuestro almo suelo
Lanzados por sus males,
Gemis cual yo en destierro?
¡Conocéis al que sigue
De un Cano el grande ejemplo,
De un Lauria las hazañas,
De un Hazo los talentos?

Pues vedle allí sentado,
Cercado de consuelos
En su familia hermosa,
En sus amigos tiernos.
Miradle allí gozoso
Porque van renaciendo
Esperanzas del triunfo
De su rey y su pueblo.

El á beber os brinda;
Que un natal más sereno
Al fin celebrar logra,
Despues de dos bien negros.

Bebed, pues, á que libre
La España con su dueño,
Junto á su excelso trono
Ocupa un digno puesto.

Bebed á que el pimpollo
Que gime entre tormentos (2),
Con su salud añada
De dicha al complemento:

Que éste día se pase
Sólo en placer sincero,
Huyan llantos y angustias,
Vengan risas y juegos.

Así este nuestro abrigo,
En poblado desierto,
Quiere que sus paisanos
Le rindan hoy obsequio.

Así verá cumplidos
La amistad sus preceptos,
La que en mis labios brinda
Con copas y con versos.

(1) Alude á haber pasado el general Apodaca del mando de la escuadra del Océano, é inmediatamente despues de rendir á la francesa del almirante Rosilly en la bahía de Cádiz en 1808, á ejercer el cargo de representante de España en Inglaterra, donde ajustó la paz entre ambas naciones, y tantos servicios prestó á su patria y á la causa europea. (Nota de la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* de Sevilla.)

(2) Hace alusion á la horrible desgracia que acababa de sufrir el hijo mayor del ilustre general, quedando ciego de resultas de una caída. (*Idem.*)

LETRILLAS.

I.

Á UNA AUSENCIA POR MOTIVOS DE SALUD (3).

En vano el remedio
Buscando salí;
Que está el mal en medio
De Laura y de mí.

La dulce costumbre
De estar noche y día
Gozando, alma mía,
Tu plácida lumbre,

Me es ya pesadumbre
No estando tú aquí;
Y en vano el remedio
Buscando salí.

¡Qué cuerpo afanado
Restaura su vida,
Si está el alma herida
De un triste cuidado!

No bien ausentado,
Muy luégo advertí
Que está el mal en medio
De Laura y de mí.

Campos y aires densos
Que de tí me alejan,
Son los que me aquejan
Con males intensos;

Parécenme inmensos
Los pasos que dí
Cuando alivio en vano
Buscando salí.

No en mi Laura hermosa
Está el mal que lloro;
Ni en mí, que la adoro
Como al sol la rosa;

Distancia enojosa
Me mata; y así....
Está el mal en medio
De Laura y de mí.

¡Ay qué duro asedio
Sufre el alma mía
De melancolía,
Soledad y tedio!

Vano fué el remedio
Que á buscar salí,
Si el mal se halla en medio
De Laura y de mí.

II.

AL TÉRMINO DE LA AUSENCIA (4).

Ya se acerca el día
De volverte á ver,
Luz de mi alegría,
Flor de mi placer.

La ausencia importuna
Ya veo espirar:
Mi próspera luna
Comienza á brillar.

¡Qué hermosa mudanza
Se deja ya ver!
La dulce esperanza
Me da nuevo sér....

Tal día, la aurora
Sea breve en rayar;
Pues si se demora
Su carro, en guiar,

(3) Se hizo para cantarse por el tono de la canción conocida: «¡Qué horror me da el día!»

(4) Para cantarse con la música de la canción: «De amores me muero.»

En él, Laura mía,
Te hará amor poner;
Y aurora aquel día
Tú sola has de ser....

Tú, como ella, amores
Sabrás también dar,
Perlas á las flores,
Brillos á la mar,
Los rayos suaves
Dando á conocer
Con que sola sabes
Mi pecho encender....

Mas si el sol sus plazos
Corta á tu arrebol,
Échate en mis brazos,
Yo seré tu sol.
Se unirá mi fuego
Con tu rosicler,
Y tendremos luégo
Dulce anochecer....

Tiempo, haz tú que puedan
Veloce volar
Las horas que quedan
De cruel penar;
Y las lisonjeras
De feliz placer,
Luégo cuanto quieras
Puedes detener....

Ya se acerca el día
De volverte á ver,
Luz de mi alegría,
Flor de mi placer.

III.

Enviando á una dama unos versos amorosos antiguos, que ésta le había pedido.

Como suele el agua limpia
De un arroyo transparente
Ir huyendo de la fuente
A precipitarse al mar,
A tí, deliciosa Olimpia,
Estos versos se dirigen,
Olvidando hasta el origen
Del antiguo suspirar.

IV.

LA SATISFACCION.

A un amigo.

¡Tú también, dulce amigo,
Vienes con cruda mano
A desgarrar heridas
Que sangre están brotando!
Cuando á un abismo amaga
Precipitarme el hado,
¡Quieres tú dar impulsos
A su funesto brazo!

Yo vi, al volver la cara,
A mis amigos falsos
Ir con terror huyendo
De mi terrible estado;
Y habiendo cuenta sólo
Con tu amigable amparo,
Te vi seguir las huellas
Del escuadron ingrato.

Mis ojos, no pudiendo
Disimular el llanto,
Iban siguiendo ansiosos
Tus fugitivos pasos.
Apellidé los títulos
Que en otros tiempos claros
Amenizar solian
Nuestro apacible trato.
«Querido compañero,

Amigo fiel», te llamo;
Mas tus oídos siempre
Los encontré cerrados,
Como al clamor inútil
Del pordiosero anciano
Suelen estar las puertas
Del opulento avaro.

Iban á dar tirantes
Con tus esfuerzos bárbaros
Los estallidos últimos
De nuestro amor los lazos,
Cuando algun dios, movido
Del lamentable caso,
Quiso á mi voz volverles
Su natural encanto;

Y por postrer victoria
De la amistad, alcanzo
A ver que al fin te paras
A contemplar tu engaño.
Así como el que en sueños
Ve algun espectro pálido
Amenazar su vida
Con el puñal en mano,

Que se levanta atónito,
Frio y de aliento falto,
A registrar solicito
El aposento opaco,
Y satisfecho apenas,
Despues de largo espacio,
Aun juzga ser verídico
El aparente amago;

Así tu rostro expresa
Con miserables rasgos
La oposicion de afectos
Que tu candor turbaron.
Y como estás oyendo
La voz de mis contrarios,
Dudas si fingen ellos,
O solo yo te engaño.

¡Alternativa horrible
Para un corazon sano,
Ver comparar su crédito
Al del falaz malvado!
Me avergüenzo al decirlo;
Pero despues reparo
Que es la vergüenza inútil
Donde el delito es falso.

Pero á la virtud pura
Que en juveniles años
Sembró en tu tierno pecho
El paternal conato,
De los remordimientos
Con el licor amargo
Dejo el funesto oficio
De vindicar mi agravio;

Que yo, enlazando al cuello
Los cariñosos brazos,
Las injustas sospechas
De mis amigos calmo.

EPIGRAMAS.

I.

Al original de un retrato muy parecido.

¡Qué diré que no hayan dicho
Cuantos ven en ese ceño
De lo esquivo y lo halagüeño
El más gracioso capricho?
Te diré, gentil Matilde,
Que el que busque en tu retrato
Cuanto al gusto le es más grato,
No le enmiende ni una tilde,

II.
UNION Y GLORIA.

Saludo de brindis al enlace de las banderas inglesa y española, que adornaban el ramillete de un convite entre marineros de ambas naciones, formándose de las dos una sola insignia.

Así enlazadas y jamas opuestas
Las britanas banderas y españolas,
Siempre del Corso (1) á la ambicion funestas,
Descuellan por los campos y las olas.
¿Qué valen hierros que la infamia forje,
Si en este enlace generoso y blando
La mano experta del anciano Jorge
Sostiene al jóven é infeliz Fernando?
Sólo á esta doble insignia corresponde
Dar vuelta ufana al orbe agradecido,
Mientras en Francia el tricolor se esconde,
Triste blason del mundo envilecido.
Grata á un tiempo á los fuertes españoles,
¡Oh noble insignia y los ingleses bravos,
En la feliz comarca en que tremoles
Bastarás á anunciar que no hay esclavos.
Del continente, al fin, verás lanzado
Al Corso monstruo á su infernal destino;
Ya que el valor inglés ha decretado
Que no será jamas monstruo marino (2).

III.

El marido paciente.

¡Hasta chismosa has de ser!
¡Hasta de vergüenza poca!
¡Hasta presumida y loca!
Dijo Fabio á su mujer.
¡Jesus, qué mal humor gastas!
(Respondió ella con viveza);
Yo no sé cómo hay cabeza
Que pueda aguantar tus astas.

IV.

Á una moza que se preciaba de tener muchos cortejos, y se le caían los dientes.

Pepa tiene por despojos
Mil amantes que la quieren;
Y ella dice que se hieren
En las flechas de sus ojos.
Yo digo; Pepa, es mentira,
Tus ojos son inocentes;
Tu boca no, que los dientes
En lugar de flechas tira.

V.

A una morena que negaba su amor.

Niega estar enamorada
Cierta morena hermosa:
La creen porque lo jura
Sin ponerse colorada.
Al contrario, yo presumo,
Del juramento á despecho,
Que guarda fuego en su pecho,
Pues le sube al rostro el humo.

VI.

A un diarista.

Hay cierto censor mensual,
Periodista atrabiliario,
Que criticando el diario
Se quiere hacer inmortal.
Quien de este Caton moderno

(1) Napoleón.

(2) Acababa de verificarse la completa destrucción y quema en la ensenada de Basque de una expedición enemiga que iba á reforzar sus ejércitos en España.

La loca esperanza arguya,
Lea una página suya,
Y ¡qué le parece eterno!

VII.

Sobre el que se llamaba viajero universal sin salir de Madrid.

Brotando más que el Vesubio
Llamas de orgullo, aquí viene
Un viajero, que tiene
El título del diluvio.
¡Gran plagiario!—Poco á poco,
Lector, y no me lo ultrajes:
El no habrá hecho los viajes
Pero la historia tampoco.

SONETOS.

I.

Las señas.

Perdí mi corazón, ¡le habeis hallado,
Ninfas del valle en que penando vivo?
Ayer andando solo y pensativo,
Suspirando mi amor por este prado,
El huyó de mi pecho desolado,
Como el rayo veloz, y tan esquivo,
Que yo grité: «Detente, ¡oh fugitivo!»
Y ya no le vi más por ningún lado.
Si no le conocéis, como en un ara
Arde en él una hoguera, y cruda herida
Por víctima de Silvia le declara.
Dadle por vuestro bien, que esa homicida
Le hizo tan infeliz, que adonde pára
Mi corazón, ya no hay placer ni vida.

II.

Vénus burlada.

Vió Vénus en la alfombra de esmeralda
De un prado á mi adorado bien dormido,
Y engañada, creyendo ser Cupido,
Alegremente le acogió en su falda.
La frente, le ciñó de una guirnalda
Y por hacer temible su descuido,
Puso en sus manos un arpon bruñido
Y la aljaba le cuelga de la espalda.
Hijo (le iba á decir), mas despertando
Mi Silvia la responde con enojos,
La aljaba y el arpon de sí arrojando:
«Toma, madre engañosa, esos despojos,
Porque me son inútiles, estando
Sin ellos hechos á vencer mis ojos.»

III.

La guarida de amor.

Amor, como se vió desnudo y ciego,
Pasando entre las gentes mil sonrojos,
Pensó en buscar unos hermosos ojos
Donde vivir oculto y con sosiego.
¡Ay Silvia! y vió los tuyos, vió aquel fuego
Que rinde á tu beldad tantos despojos,
Y hallando satisfechos sus antojos,
En ellos parte á refugiarse luego.
¡Qué extraño es ver ya tantos corazones
Rendir, bien mio, los soberbios cuellos,
Y el yugo recibir que tú les pones,
Si á más de que esos ojos son tan bellos,
Está todo el amor con sus traiciones
Haciéndonos la guerra dentro de ellos!

IV.

La vida media.

¿Qué importa que del cielo disparado,
Un rayo la soberbia torre abata,
Si de mi choza la cubierta chata
Me tiene á sus insultos resguardado?
Y si mientras del viento el mar hinchado,
Contra el escollo naveis arrebatada,
Estoy al fuego, entre familia grata,
Asando mis castañas, ¿qué cuidado?
Árdase el orbe entero en la braveza
Y en las guerras de Marte sanguinoso;
Que si de Silvia, por mayor fineza,
Besos me da de paz el labio hermoso,
¿Habrás opulencia igual á mi pobreza,
O ajena dicha me tendrá envidioso?

V.

El no.

¡Ay, cuántas veces á tus piés postrado,
En lágrimas el rostro sumergido,
A tus divinos labios he pedido
Un sí, criuel, que siempre me han negado!
Y pensando ya ver tu pecho helado
De mi tormento á compasion movido,
En vez del sí, ¡ay dolor! he recibido
Un no, que mi esperanza ha devorado.
Mas si mi llanto no es de algun provecho,
Si contra mí tu indignacion descarga,
Y si una ley de aniquilarme has hecho,
Quitame de una vez pena tan larga,
Escóndeme un puñal en este pecho,
Y no me des un no que tanto amarga.

VI.

La flor temprana.

Suele tal vez, venciendo los rigores
Del crudo invierno y la opresion del hielo,
Un tierno almendro desplegar al cielo
La bella copa engalanada en flores;
Mas ¡ay! que en breve vuelve á sus furores
El cierzo frio, y con funesto vuelo
Del ufano arbolillo arroja al suelo
Las delicadas hojas y verdoros.
Si tú lo vieras, Silvia, «¡Oh pobre arbusto,
Dijeras con piedad, la suerte impia
No te deja gozar ni un breve gusto!»
Pues repítelo, ingrata, cada dia;
Que el cierzo frio es tu rigor injusto,
Y el triste almendro la esperanza mia.

VII.

Los desvelos.

Queda dormido sobre el duro leño
El marinero, de bogar cansado,
Duerme, y á los sentidos del soldado
Marte ofrece tambien dulce beleño.
Duerme el sabio despues que con empeño
Gran rato en su bufete ha meditado;
Sin hacer nada, el necio embelesado
Vase entregando poco á poco al sueño.
Yo solamente del comun reposo
No disfruto un momento, un breve rato;
Pues ¿cómo ha de vivir sino angustioso
Quien está viendo, Silvia, tu retrato,
A todas horas celestial y hermoso,
Pero á ninguna compasivo y grato!

VIII.

El desconcielo.

Crecido con las lluvias de repente
Rompe el río las márgenes que baña,
E inundando sus aguas la campaña,
Arrasa frutos, árboles y gente,

Al pastor, que asustado y diligente
Se subió, por librarse, á la montaña,
Ve desde allí el ganado y la cabaña
Envueltos en el rápido torrente.
Y aquel vivo dolor con que afligido
Mira ahogadas las tímidas ovejas,
Para siempre llorándose perdido,
No equivale á la angustia en que me dejas,
Silvia, cuando tu labio endurecido
Responde con desdenes á mis quejas.

IX.

La desesperacion.

Inhumano destino, dura suerte,
Furia de amor cebada en abatirme,
¿Cuándo te cansarás de perseguirme,
Y yo descansaré de padecerte!
Mas tu cruel constancia ya me advierto
Que en el averno has hecho voto firme
De no cesar con penas de afigirme
Hasta el instante mismo de mi muerte.
Muerte, pues si remedio de mis males
Has de ser, ¿en qué tarda tu venida?
Corta ya mis espíritus vitales;
No tu pálido aspecto me intimida,
Que será el ver que pisas mis umbrales
El único placer que tuve en vida.

X.

Antes de partir.

Silvia, ya raya el día, y juntamente
La hora que á mí partir prescribe el hado;
Suave respira el viento, el mar salado
Lamiendo ya las playas blandamente.
Antes, bien mio, que de tí me ausente,
Bien pudieras hacerme afortunado,
Y con suspiros de tu pecho helado
Moderar el dolor que el mio siente.
Ellos serán mi aliento en el camino;
Y cuando más de tí me halle distante,
Será mi vida este favor divino.
Los años volverán su giro errante;
Pero, á pesar del tiempo y del destino,
Partiré triste y volveré constante.

XI.

Adios á una fuente.

Quédate adios, ¡oh cristalina fuente!
Harto tiempo mi llanto has conocido
Con tus aguas mezclarse, y mi gemido
Quejarse de una ingrata inútilmente.
Quédate adios: no quiero yo se cuenta
Que turbar tu reposo he pretendido
Con voces que se pierden en su oído
Como en el mar tu líquida corriente.
No te emponzoñe vibora nociva,
Ni te turbe del viento la braveza
Hasta que el mar undoso te reciba.
Y ojalá el corazón de mi belleza
No inite tu inconstancia fugitiva,
Sino de tus cristales la pureza.

XII.

Brindando á las damas.

Vénus divina, madre de placeres,
Baja de tu mansion afortunada,
Pues miras esta mesa coronada
De la brillante flor de las mujeres;
Baja gozosa, y si dejar sintieres
El coro de quien eres festejada,
Ninfa verás aquí más agraciada
Que cuantas te acompañan en Citeres.
Y si de tu jardín entre las flores
Al placer dejas y al amor dormidos,
No los despiertes, ni su ausencia llores,